

# ALLEN CURNOW

## *Recalada en mares inexplorados*

*Tricentenario del descubrimiento de Nueva Zelanda  
por Abel Tasman, el 13 de diciembre de 1642.*

### I

Con sólo navegar en una nueva dirección  
tú bien podrías ensanchar el mundo.

Has escogido a tu capitán,  
entusiasta de los descubrimientos, con suficiente  
fuerza para hacerlos,  
sin importar qué naves quedaran dispensadas  
de algún otro servicio más urgente para aventura anual.  
Inventarió las más probables conjeturas  
sobre la travesía por lo Desconocido,  
suposiciones de doradas costas e historias sobre  
monstruos  
para ser digeridas como instrucciones simples  
en situaciones probables e improbables.

Con todo esto ya resuelto y hecho, te lanzaste con tu  
tripulación  
una hermosa mañana, el mejor clima que ha tenido el año;  
ampliándose los cielos y las furias oceánicas  
subyugadas por la iluminación veraniega; con tiempo  
para ir embelesados, navegando  
una hermosa mañana, en el Nombre de Dios  
por las aguas sin nombre de este mundo.

Oh tú, que todo riesgo habías estimado  
en tu negocio con aquellas aguas, aguas del mundo  
aún inexploradas.

### Pero más que el cañón

del imperio del mar, perros de bronce y ladridos de hierro,  
de la isla de Timor a los Estrechos, pudieron apoyar el  
desafío.

Entre el Sur y tú una antigua enemistad  
fue alojada en la mente exploradora, aquella que jamás  
toleraría  
tan grande hegemonía de ignorancia.

Allá, donde tus Indias habían ya esparcido  
sus tribus como lluvias del océano, apuntaste tu viaje;  
como ellas invocaste a tu Dios, diste mares a la historia  
e islas para nuevos mañanas peligrosos.

### II

De pronto el alborozo  
se disparó como pistola, todo  
el horizonte, hecha la gran caza,  
al paio. Allá estaba la marina  
tan harta de la costa, sorprendiendo  
como lo harán las nuevas tierras al marinero  
moviéndose en el rostro de las aguas,  
observando a la tierra tomar forma  
en torno a cumbres sobrenaturales, más brillante  
que su propio color cuando emergía.  
Y sin embargo esto, no muy lejos de ser misión inútil,  
no fue lo que esperaba el corazón.

En su indio y viejo sueño  
los deslumbrantes golfos ascendían  
por palacios antiguos y montañas,  
haciendo arquitectura.  
Aquí la estructura levantada,  
cumbre y pilar de nube  
—oh esplendor de la desolación— fue alzada  
en lo alto desde el foso, mar adentro,  
con una sombra, un dedo de viento, en ánimos  
pacientes de desembarcar con bien.

Para el isleño, siempre es un peligro  
lo que viene del mar.  
Sobre las amarillas arenas y los claros  
fondos altos, el romo filamento  
parpadea, la sangre de los desconocidos:  
la muerte descubrió al Marinero,  
oh, en un fulgor, en una calma llana;

un estruendo de barcos en bahía  
y el día se tiñó de asesinato.  
Los muertos no tuvieron más aviso  
de mantener distancia.  
El resto, tras haber notado su fracaso,  
siguió adelante con reconocimiento  
rumbo al norte, haciéndose a la mar.

### III

Pues bien, el Marinero es el hogar, y ése es un capítulo  
en un libro de texto, mañana relevante

del que creímos conocerlo todo, cuando pudimos ser  
mucho más aptos  
para lucrar, seguros de nuestro territorio,  
sin asesinos soltando sus amarras en la Bahía Dorada.

Pero ya no hay más islas que puedan descubrirse  
y el ojo explora riesgosos horizontes por su cuenta  
en un clima variable, y murmullos de ahogados  
espantan en sus playas familiares.  
¿Quién es el que nos lleva a navegar provincias

desconocidas pero no improbables? ¿Quién nos alcanza  
algún futuro desde el alto estante  
de audacia espiritual? No los discursos  
sujetos al Pasado cual condecoración  
al mérito que a sí se felicita;

oh, ni celebración tan presuntuosa  
o historia concienzuda podría liberar  
la corriente de júbilo de un descubridor  
y a las voces que dicen en silencio:  
“Aquí está el fin del mundo donde el milagro cesa”.

Sólo con fiel memoria, mientras yace  
sobre él la media luz de una modesta gloria,  
el Marinero vive y se coloca al lado de nosotros,  
largando al interior de nuestra ola de tiempo  
la mancha de sangre con que se escribe la historia de una  
isla. —

— Versión de Hernán Bravo Varela

*Allen Curnow (Auckland, 1911) está considerado como uno de los poetas más importantes de Nueva Zelanda en el siglo XX. Ha publicado diversos libros de poesía y ensayo. Sus poemas escogidos, que abarcan casi seis décadas de trabajo lírico, aparecieron en 1999 bajo el nombre de Early Days Yet (Días tempranos aún), título con el que obtuvo el Commonwealth Poetry Prize y la Queen's Poetry Gold Medal.*